

¿ES DIOS UN MERCADER?

¿O así lo tratamos los cristianos en nuestra sociedad actual? Con mucho pesar, creo que la respuesta es afirmativa. Ya que nuestro estilo de vida sustentado por una producción de “falsos bienes” y el consumo desproporcionado de los mismos, permiten la idolatría de la máxima adoración al dios Dinero y relegan al verdadero Dios como un dios tapa-agujeros.

Nuestras almas, anteriormente racionales y espirituales, han sido infectadas por esta sociedad de mercado y de economía neoliberal. Llegando a admitir que la existencia humana puede y debe expresarse mediante el placer experimentado en el consumo. Por ello, los cristianos hemos ido creando un Dios antropomórfico, que a imagen del hombre, lo hemos convertido en un mercader que debe resolver nuestros problemas a cambio de unas “buenas acciones” y de unas “oraciones”. Bien nos lo recuerda Mateo:

“Cuando des limosna no hagas tocar la trompeta por delante, como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las calles para que los alabe la gente. Os aseguro que ya han recibido su paga.

Cuando oréis no hagáis como los hipócritas, que gustan de rezar de pie en las sinagogas y en las esquinas para exhibirse a la gente. Os aseguro que ya han recibido su paga.

Cuando recéis no seáis palabreros como los paganos, que piensan que a fuerza de palabras serán escuchados. No los imitéis, pues vuestro Padre sabe lo que necesitáis antes de que se lo pidáis.” (Mateo 6; 2, 5, 7-8)



En nuestra oración sincera con Dios, no debemos pedir de forma egoísta por nosotros mismos; sino por el prójimo, nuestro hermano. Esto es lo esencial, ya que en la actualidad estamos presenciando una nueva religión que es el consumismo, destructor de toda forma de espiritualidad; con su dios Dinero del mercado libre que permite considerar al prójimo como a un competidor que debe ser eliminado. Esto es el resultado final de la clase de vida que llevamos, mostrando al dios mercader en quien creemos; puesto que la ostentación, el boato y la apariencia han sido y son un problema de farisaísmo que tanto se crítica a nuestra Iglesia como institución.

Queridos cofrades, ¿qué tiene que cambiar en nuestras vidas para creer de verdad en el Dios de Jesús?

“A vosotros que escucháis os digo:

Amad a vuestros enemigos, tratad bien a los que os odian; bendecid a los que os maldicen, rezad por los que os injurian.

Como queréis que os traten los hombres, tratadlos vosotros a ellos.

Si amáis a los que os aman, ¿qué mérito tenéis? También los pecadores aman a sus amigos.

Si hacéis el bien a los que os hacen el bien, ¿qué mérito tenéis? También los pecadores lo hacen.

Si prestáis esperando cobrar, ¿qué mérito tenéis? También los pecadores prestan para recobrar otro tanto.

Amad más bien a vuestros enemigos, haced el bien y prestad sin esperar nada a cambio. Así será grande vuestra recompensa y seréis hijos del Altísimo, que es generoso con ingratos y malvados.

Sed compasivos como vuestro Padre es compasivo.”

(Lucas 6; 27-28, 31-36)



Nuestras vidas deben tener el objeto de facilitar la instauración de una sociedad muy distinta a la de consumo actual, una sociedad que no permita la existencia de los pobres como elementos residuales de ese inhumano consumo, una sociedad donde la dignidad humana sea universal.

Para poder realizar este proyecto de nueva sociedad, Jesús nos propone el amor y la bendición, otorgándolos inicialmente a los enemigos; el perdón real a aquel que nos ofende; el compartir de forma generosa eliminando toda codicia, ya que el rechazo a la avaricia y a la usura, no permite el enriquecimiento de unos a costa del empobrecimiento de otros. Jesús realmente quiere que obremos con los demás como quisiéramos que los demás obrarán con nosotros, respondiendo al mandamiento del amor:

“Amarás al prójimo como a ti mismo” (Marcos 12, 31)

La eliminación de toda relación “mercantil” con Dios, nos dispone a que nos dejemos amar, a que vivamos con la alegría de sentirnos amados por Él. Sólo el amado ama, está atento y en paz con los demás, está abierto al Padre y a sus hermanos; confía en las manos amorosas del Padre continuando las acciones del Hijo.



“De nuevo les hablo Jesús:

Yo soy la luz del mundo, quien me siga no caminará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida.” (Juan 8,12)

Jesús es la única luz en medio de nuestra actual y oscura sociedad, seguirle significa adquirir el compromiso personal de dejarse transformar e

iluminar por su presencia. Adquiriendo una confianza que nos permite ser la sal y la luz entre los demás. Dando testimonio de una vida cristiana real y coherente, ser la sal; teniendo como punto de referencia el mensaje de Jesús, ser la luz.

Roguemos al Espíritu Santo que vaya despertando la necesidad de cuidar más la comunicación con nuestro Padre, para que los cristianos seamos capaces de estar sinceramente con Él, que nos llene con su paz y su amor. Lo cual nos dispone a ser sus instrumentos, hacer lo que nos pida y aumentar nuestra fe en Él.

Francisco Javier Moncho Moragues.

Hermandad de La Santa Faz.